

## De la porteña Bucarest interbélica

*Blas Matamoro*

«¿Qué te parece Bucarest?» me pregunta Ioanna Zlotescu mientras vamos en coche desde el aeropuerto hacia el centro de la ciudad. Llevo apenas un cuarto de hora en la capital rumana, aspirando un denso atardecer de primavera estival. Contesto muy suelto de cuerpo: «Me parece estar de nuevo en Buenos Aires». Espero sorprender a mi amiga, aborigen aunque conocedora de la Reina del Plata porque su devoción por Ramón Gómez de la Serna la llevó alguna vez a la ciudad donde vivió y murió el disgregador de greguerías. Pero resulta lo contrario. Varios conocidos, rumanos y españoles, que han paseado por ambas ciudades, le han dicho algo similar. Mi confusión al percibir cuatro imágenes primerizas de Bucarest se agrava porque pocas semanas antes he estado una vez más en Buenos Aires, removiéndole la memoria inmemorial que siempre nos produce la ciudad nativa.

Estas idas y vueltas de la memoria me recuerdan una observación parecida que le oí a Jorge Uscatescu, el escritor rumano. Había estado en Buenos Aires a mediados de los años cincuenta, acompañando a su mujer, la soprano Consuelo Rubio, solista en los conciertos que entonces ofreció, con obras propias, Paul Hindemith en el teatro Colón. Oigo de nuevo aquella música densa y desazonante, tan distinta de las melodías italianas y francesas que se solían reverenciar en casa. A Uscatescu le llamó la atención la evidente pátina afrancesada de Buenos Aires, donde todavía hoy, en los barrios, hay negocios que se anuncian como *bijouterie*, *lingerie*, *robes et manteaux*. También, la proliferación de teatros, algo que, días más tarde, he de notar vagando por las calles bucarestinas.

«Cuando Tácito encontró a una tribu de borrachos, quizás unos tracios, lo apuntó en sus anales» me dijo Uscatescu «éramos nosotros». Tal modo pintoresco de entrar en la historia de Occidente fue matizado por los siglos. «Somos bizantinos» prosiguió, palabra más o menos «la vida, para nosotros, es diplomacia». A los argentinos, en cambio, nos hallaba de una franqueza condigna con la llanura. Quizás identificaba llaneza con prepotencia, con el famoso «abran cancha» que tanta mala prensa nos suele ganar.

Sutilezas del lugar limítrofe, embriaguez por el circunloquio y el acomodo a las circunstancias, cierta vocación cortesana, son latiguillos que sobre los rumanos he escuchado durante mis días de Bucarest. Bizancio,

quizás, el punto límite entre las dos mitades del imperio que acabaron siendo las dos mitades de Europa, siempre tan difíciles de limitar y ahora, tal vez, felizmente, en trance de ser abolidas.

No iré tan lejos. Me quedo en el acendramiento porteño de Bucarest. Es una ciudad escasamente turística, aunque el país ofrece muchas cosas al viajero: un paisaje siempre verde, que se ondula o se tiende, playas, monasterios, poblaciones que evocan a imperios desaparecidos: Austria-Hungría, Turquía, Rusia. Las comunicaciones por tierra son dificultosas por el mal estado de los caminos, la buena hotelería es aún escasa y cara, pero cabe esperar que Rumania se añada a la Unión Europea en 2007 y le toque algo del reparto familiar. Lo cierto es que, yendo hacia Mogosoaia, a pocos kilómetros de Bucarest, debimos desviarnos por una carretera comarcal de tierra, con socavones como cráteres, y acabamos en una burbuja de polvo sahariano. En minutos aparecimos en el campo del siglo XIX, con carros tirados por caballos o bueyes. El tiempo cambia de calidad cuando vemos circular estos vehículos a ritmo animal, quizás el tiempo de las pampas argentinas que vieron mis abuelos.

¿A qué se debe la similitud entre estas dos ciudades tan distantes en el espacio y en la historia? Un paciente y amistoso guía, Antonio Lázaro, nos señala rincones y signos que, de otra manera, nos pasarían desapercibidos. A la vez, nos cuenta la crónica bucarestina y los parecidos van hallando su razón de ser. Son ciudades fundadas en el siglo XVI cuyo pasado anterior al siglo XIX fue borrado: en Bucarest, por los terremotos; en Buenos Aires, por un ejercicio de amnesia que canceló todo vestigio colonial. En ambas, de aquella anterioridad sólo quedan en pie las iglesias. Las españolas porteñas, bastante desfiguradas, salvo el Pilar, por los pegotes italianos del Ochocientos. Las ortodoxas de Bucarest, incólumes con sus preciosismos griegos o eslavos, oscuras y abovedadas hacia una altura desde la cual una luz lechosa, casi tangible, distribuye destellos en objetos de plata y cristal. Una penumbra humosa de subsuelo se adensa con la gravedad de los coros masculinos quebrada por la vibración acre de alguna contralto solista. Humo y perfume de incienso rodean los manteos negros y las barbas algodonosas de los popes, muy teatrales entre las puertas y las cortinas de los iconostasios. Los fieles se arrodillan y besan las manos que se les imponen sobre la frente. Todo tiene la antigua y convincente pompa escénica que el catolicismo ha ido perdiendo a favor de esas guitarreadas juveniles que dan a ciertas misas un aire de fin de curso colegial.

Algún otro monumento suelto es igualmente antiguo: las ruinas modestas del palacio de los voivodas y dos o tres posadas con patios de carruajes, locales a la calle y un primer piso de habitaciones para viajeros. Son los

*hanuls*, semejantes a la corrala madrileña o el *fondak* magrebí. El resto sigue siendo Buenos Aires.

Argentina y Rumania se organizaron como naciones en la segunda mitad del siglo XIX, sobre espacios indecisos. Argentina se fue expandiendo a costa de los indios nómades y Rumania, por los añadidos de la primera guerra mundial que les fueron quitados en la siguiente, según el resultado de las contiendas y el juego de las alianzas. Rumania es un galicismo, *Roumanie*, debido a la diplomacia de Napoleón III, y ese destino de afrancesamiento la aproxima al país del Plata. Se trataba de estar físicamente lejos de París, de ese París imaginariamente tan próximo. El recurso para resolver esta distancia que era, a la vez, proximidad, fue la imitación. Imitar no es copiar y en esa disidencia entre el modelo y su remedo, hay cierta originalidad, la que distingue lo afrancesado de lo francés. Un rumano o un argentino pueden ser afrancesados. Un francés, no. En las librerías de viejo me salen al encuentro los mismos libros franceses que abundan en las correspondientes de Buenos Aires, más algunas intrusiones alemanas.

Las épocas de esplendor de Bucarest y Buenos Aires coinciden. A fines del XIX, la arquitectura italiana de altos y bajos asemeja a ciertas partes de la primera con el barrio de San Telmo. Más tarde, los bulevares franceses, los panzudos edificios borbónicos del gobierno y los palacetes de la burguesía y la nobleza evocan a Batignolles y Monceau, de modo que en mi memoria todo se vuelve Avenida Alvear y Palermo Chico.

Mirando las estructuras urbanas, se acentúan las semejanzas. Una cruz de grandes vías organiza la trama: la Avenida de Mayo y Rivadavia equivalen a la Calea Victoriei, en tanto Nueve de Julio, al Bulevar Dacia. El gran parque con lago está al norte de cada ciudad. La edificación se torna más baja en los barrios y cerca de la Academia Rumana hallo las típicas casas porteñas con departamentos de pasillo o de corredor, serie de casitas de bajos que dan a una entrada común, enfilada, que se ve desde la calle. Pequeños espacios verdes hacen lugar a faunas domésticas. Canta un gallo ¿dónde? Los rumanos suelen asar la carne a la brasa, como en Buenos Aires los asados que se huelen por las aceras en las mañanas de domingo. Ya los violines cingáros me parecen de tango y las voces de las cantoras locales, cuyos nombres ignoro, recogen ecos de Ada Falcón y Mercedes Simone. Para colmo, en el Museo Nacional hay dos estudios de Bourdelle, *El centauro* y *El arquero*, cuyas versiones definitivas están en Buenos Aires.

El pulso de ambas capitales, desde luego, difiere. Con sus dos millones de pobladores y una vida nocturna recatada, Bucarest tiene una amable lentitud de provincia, lejos del tráfico porteño, seis veces mayor y con la cultura andaluza y napolitana de vida a la intemperie, de callejeo mediterrá-